

Y
0616

UNIVERSIDAD EAFIT®



Abierta al mundo
Biblioteca Sala Patrimonial

UNIVERSIDAD EAFIT



Abierta al mundo
Biblioteca Sala Patrimonial

Del Señor Arzobispo de Paris desarrollando i confirmando el decreto del Concilio de Paris relativo a la intervencion del clero en los asuntos políticos.

NOS, MARIE-DOMINIQUE-AUGUSTE SIBOUR & C.

Al clero de nuestra diócesis, salud i bendicion en nuestro Señor Jesucristo.

De sesenta años acá, nuestros mui queridos cooperadores, la sociedad está quebrantada hasta en sus cimientos. Se diria que la tierra ha temblado bajo de ella; pues oscila constantemente en medio de sacudimientos terribles, que se suceden con cortos intervalos, i, aspirando sin cesar a asegurarse sobre sus bases, no ha podido conseguirlo, ni puede hallar el reposo. O bien, para emplear otra imájen que pinta quizá mejor nuestra triste situacion, la Europa está como un navio lanzado sobre un mar ajitado, i abandonado al furor de las olas, sin piloto, sin brújula, marchando en la mas profunda oscuridad al traves de los escollos, i casi a la ventura, ácia un punto desconocido, donde espera encontrar la salud i la calma. La Iglesia debia naturalmente recibir el contra-golpe de estas ajitaciones. Se ha visto a este otro bajel místico, que conduce nuestros destinos eternos, combatido frecuentemente por las tempestades, espuesto a los mas grandes peligros, i como absorbida por esas mismas olas que parecian llevar al abismo a la sociedad entera. El se habria perdido mas de una vez, si pudiera perderse; pero la barca en que parece dormir Jesucristo no puede perecer; porque el que parece consumirla es el señor de los elementos, i él sujeta, cuando quiere, la tempestad.

Sin embargo, la última revolucion que ha trastornado tan fuertemente el orden social en Francia, no ha herido a la Iglesia. Ella ha podido contemplar, como de un puerto seguro, las oleadas furiosas amenazando destruir todo lo que hacia el orgullo de nuestra civilizacion moderna. Se la ha visto aun en medio del trastorno político, con grande sorpresa del mundo, no solamente calmada i serena, sino tambien respetada, rodeada de los homenajes i las bendiciones de un gran pueblo en la embriaguez de la victoria. Oh! este ha sido un momento bello para la Iglesia!

Pero, estamos, mui amados cooperadores, en el fin de nuestras pruebas? Las fermentaciones de discordia que ajitan al mundo no levantarán nuevas tempestades? I la Iglesia saldrá de ellas, como de la última, venerada i triunfante?

No podemos librarnos, amados cooperadores, de siniestros presentimientos, i ahora el porvenir nos espanta mas aun como Obispo que como ciudadano.

A la vista de las desgracias que iban a caer sobre Jerusalem, Jesucristo quiso reunir a todos los hijos de la ciudad santa al derredor de él, bajo la proteccion de su amor, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, al aspecto de la borrasca o del peligro.

A ejemplo del divino Maestro, a quien representamos entre vosotros, amados cooperadores, experimentamos la misma necesidad, en presencia de este porvenir lleno de incertinumbre, i queremos tambien llamar ácia nos todos nuestros hijos en el sacerdocio, para hacerles oír públicamente con el grito de nuestra ternura alarmada, sabios consejos que los guien en medio de los peligros.

Pero, de dónde sacar estos sabios consejos, tan necesarios en semejantes circunstancias? Dónde encontrar reglas de conducta apropiadas a tiempos tan dificiles? Temeríamos equivocarnos si los buscásemos en nuestro propio espíritu. Dónde, pues, los buscaremos?

Dios es admirable en las disposiciones de su providencia, amados cooperadores. Ah! no es sino un designio de prevision i de misericordia que nos ha hecho aprovechar un momento de descanso, quizá en visperas de grandes pruebas, para hacer lo que no se habia visto en muchos siglos, convocando el Concilio de Paris. En él, con ayuda del que ha prometido estar con sus apóstoles i sucesores hasta la consumacion de los siglos, los Padres del Concilio han espedido tres decretos impregnados de la alta sabiduría cuya fuente es Dios. En ellos encontraremos todo lo que esta sabiduría puede sujerir o prescribir para conjurar los peligros que nos amenazan.

Trazándonos la conducta que nosotros, Obispos i Presbíteros, debemos seguir inviolablemente en medio de los partidos políticos, el Concilio nos muestra cómo debemos ser, a los ojos de los pueblos, siempre dignos de nuestro carácter sagrado, siempre a la altura de nuestra sublime mision, i por consiguiente, siempre respetados, si no amados, por todos los partidos, como los hombres de la reconciliacion i de la paz.

Combatiendo los errores que alteran los fundamentos de la justicia i de la caridad, el Concilio nos muestra dónde está la fuente de todos los males que atormentan en este momento a la sociedad. Nos enseña que ella no puede afirmarse i consolidarse, si los poderes humanos que la dirijen no mantienen en lo venidero con una mano segura e imparcial, la balanza divina que pesa igualmente los deberes i derechos, sea del pobre como del rico.

Rechazando, en fin, ciertas calumnias esparcidas en nuestros dias contra la Iglesia de Dios, acusada de oponerse a todo lo que puede mejorar la suerte de los desgraciados, el Concilio nos reconcilia con las almas grandes i jenerosas que compadecen las miserias de sus semejantes, i nos traza, al mismo tiempo, la línea que debemos seguir, si queremos, como el divino Salvador, por el honor de nuestro ministerio.

de los pueblos ser seguidos, hasta el desierto, de esa multitud tantas veces bendecida tiernamente por el hijo de Dios.

Hoy, muy amados cooperadores, nos limitaremos a desarrollar las reglas de conducta que el Concilio prescribe al clero, sobre todo en los tiempos de revolución, respecto de la política; y os diremos todo lo que resulta del espíritu de este decreto, para completar su sentido en cuanto sea posible, y haceros conocer así toda su trascendencia.

Decreto sobre la conducta que debe observar el clero en los asuntos políticos.

“Todo el mundo sabe cuánto importa a la salud de las almas el que los eclesiásticos estén siempre estremadamente atentos a observar en los asuntos políticos, una conducta que corresponda al carácter sacerdotal y al objeto de su ministerio. El espíritu que dirige a la Iglesia en medio de los cambios tan frecuentes de las cosas humanas, nos está claramente indicado en la Constitución *Sollicitudo Ecclesiarum*, dada por el Papa Gregorio XVI, de dichosa memoria, el 5 de agosto de 1831. El soberano pontífice afirma allí netamente que en medio de las revoluciones de los imperios y de las naciones la silla apostólica no se deja arrastrar por el espíritu de los partidos, sino que buscando únicamente lo que se refiere a Jesucristo, no tiene ante la vista como fin último de sus consejos sino lo que puede conducir a los pueblos más fácilmente a la felicidad espiritual y eterna, y que jamás consideraciones humanas le hacen abandonar la causa de la Iglesia.

Guiados por el mismo espíritu, y marchando en pos de la Iglesia, exhortamos vivamente a todos los eclesiásticos y sobre todo a los que ejercen las funciones del santo ministerio, a mantenerse prudentemente ajenos a los principios políticos, y a no dejarse distraer jamás del cuidado de las almas por las dificultades de los tiempos y de las revoluciones políticas.

Dispensadores de los misterios de Dios, guardémonos de embarazarnos con los negocios del siglo, por temor de atraer la censura o de suscitar obstáculos a nuestro divino ministerio. *Que ninguno de nosotros mezcle nada de la política en la predicación de la palabra divina.*

Admitamos igualmente a la participación de los Sacramentos a todos los que se presenten; cualesquiera que sean sus opiniones políticas con tal que no sean opuestas a las doctrinas de la Iglesia católica, y que tengan el deseo y voluntad de vivir en paz. Que el eclesiástico, el hombre de Dios, sepa que pertenece a todos; y como un padre respecto de sus hijos, que se muestre a todos lleno de bondad y de dulzura. Por lo demás, en los casos difíciles que puedan presentarse, que los eclesiásticos, y sobre todo los que tienen cura de almas, o pidan a su Obispo una regla de conducta, o sigan con respeto la que les haya trazado.”

La santa silla y el Concilio de París, para fundar sus prescripciones y consejos han pues, que-

rido fijar nuestra atención, ante todas cosas, sobre el carácter y la misión de la Iglesia. Sigamos este ejemplo y desarrollemos primero este punto de la doctrina católica.

I.

Vosotros lo sabéis, amados cooperadores, entre las sociedades establecidas sobre la tierra una sola es estable y permanente, superior a las vicisitudes del tiempo y del espacio, siempre llena de vida, digan lo que quieran sus adversarios siempre radiante de juventud después de muchos siglos de existencia: es la Iglesia que Jesucristo ha fundado y que él sostiene con su mano divina. Todo en derredor de ella se ajita y pasa. Los pueblos, los tronos y los imperios, las formas de gobierno, todas las instituciones políticas y civiles desaparecen, arrastradas por el torrente del tiempo, por los desastres de la guerra o por las tormentas de las revoluciones. Firme sobre la roca donde está sentada, ella ve las flotas de los hombres y de las cosas estrellarse a sus pies sin que su constitución, su autoridad y su grandeza sean en nada lastimadas por el mundo.

Lo que ha visto hasta aquí lo verá hasta el fin de los tiempos. Verá siempre al mundo de intervalo en intervalo, y muchas veces casi sin interrupción, violentamente conmovido por los sacudimientos políticos, y las revoluciones suceder incesantemente a las revoluciones.

Esto por qué? Porque si el mundo físico, con sus fenómenos, ha sido entregado a las disputas de la ciencia humana, el mundo moral a su turno, con sus intereses, ha sido abandonado a las instabilidades del corazón del hombre, es decir, al juego de todas las pasiones. Ahora, esas pasiones que escitan los movimientos de los pueblos, están ¡ay! bien lejos de extinguirse. Al contrario, parecen crecer e inflamarse todos los días más. Las voluntades humanas, tan móviles por su naturaleza, más altivas que nunca con su libertad, no reconocen y no quieren seguir ya los principios que podrían arreglar su acción. Han venido a impacientarse del yugo de toda ley y rechazando la obediencia como una bajeza o una debilidad, no tienen ya poder sino para el desorden y la anarquía. De aquí esos formidables choques de las pasiones. De aquí el tumulto de las sociedades y el trastorno de los imperios.

Pero, cómo entre esas ruinas que se precipitan las unas sobre las otras, la Iglesia, gozando de una especie de inmutabilidad divina, se mantiene siempre en pie, siempre la misma?

II.

La Iglesia, muy amados cooperadores, es incontrastable en medio de tantas conmociones, porque, hija del cielo, sin ser sin embargo extraña a la tierra, viviendo siempre en la esfera que toca a las cosas divinas, domina desde allá a las sociedades puramente humanas, donde se efectúan las catástrofes cuyo ruido o ajitación no suben hasta ella. Como esas montañas que elevan su

cima mas arriba de las nuves, sobre la rejion de las tempestades, encuenrra la paz i la serenidad en su elevacion misma. Su divino fundador, enviándola al mundo para darle la vida i la esperanza, la ha colocado así a una altura desde la cual los hombres i las cosas le parecen mui distintos de lo que ha nosotros pobres i débiles mortales. Aquí abajo nos ajitamos en los debates de intereses por lo comun miserables, en la persecucion de bienes frájiles, i por la satisfaccion de vanos, de fútiles deseos, no teniendo sobre la tierra sino el horizonte de una posicion inferior i por consiguiente de objeto limitado. Damos a nuestros formas políticas, a nuestras instituciones de un dia, tan grande importancia, que agotamos toda nuestra vida en establecer o reclamar lo que va a perecer al momento, como si le estuviese unida la eterna felicidad de nuestras almas.

Pero todas estas formas políticas de que nos preocupamos con tanta solicitud, i que sin duda tienen su valor i bondad relativa, no interesan a la Iglesia, despues de todo, sino por lo que tienen de favorable o de contrario al respeto debido a Dios i a sus santas leyes. Ella sabe por otra parte, que la misma felicidad temporal de los pueblos, la paz i la prosperidad, no nacen de ella necesariamente; que las buenas leyes como las buenas costumbres, la seguridad de las familias i la concordia de los ciudadanos no dependen de ella de una manera absoluta: que la miseria i la revuelta, la opresion i la tirania son posibles con todo sistema social i bajo todo réjimen; que el cristianismo, por medio de sus divinas influencias, i sobre todo por las consecuencias prácticas de su doctrina, puede solo, con el tiempo, mejorar la suerte de las clases laboriosas i procurar a una nacion todas las libertades honrosas, todas las garantías deseables de felicidad. Es porque ella no entra en las preocupaciones de la política, i, lo repetimos, las diversas constituciones del Estado no le interesan sino por su relacion con la Religión i su ejercicio.

Os lo afirmamos, pues, en nombre de Dios, mui amados cooperadores: no, la Iglesia de Jesucristo no ha sido establecida en favor de tal o cual gobierno.

I si no es así, que se nos diga a cuál de ellos, con exclusion de los demas, ha sido unida i como enfeudada por su divino Fundador? Cuando saliendo del sagrado corazon de Jesucristo esta Iglesia se esparcia de lo alto del Calvario sobre el mundo entero, con la sangre vivificadora de su celeste esposo, debia no reconocer otras sociedades que las que se hubiesen políticamente constituido, segun un sistema preconocido i único? O mas bien, alcanzando de la una estremidad a la otra del mundo moral, con fuerza i dulzura, como la divina sabiduría de la cual es imagen aquí abajo, no debia abrazar para estrecharla sobre su seno material, a la humanidad entera? No era su mision la de llamar ácia sí a todos los pueblos con sus maneras de vivir, sus

leyes i sus constituciones, a fin de conducirlos a todos a la unidad de la fe, por la fuerza de su autoridad, por la majestad de su jerarquía, por la universalidad de su enseñanza, por la fecundidad de su amor?

Ah! ella no conoce sino un solo gobierno que conviene jenralmente a todos i que todos deben aceptar,—el del poderoso Señor del Cielo i de la tierra, de quien es entre ellos el representante . el intérprete.—En virtud de su fundacion divina i de la mision sobre-natural que ha recibido del hijo de Dios mismo, ella pertenece a todos los tiempos i lugares, es para todas las naciones que debe enseñar, para todos los hombres que debe evangelizar, para todos los Estados que debe cristianizar.—*Respetar todos los Gobiernos que encuentra establecidos*, aun los que surjen de las revoluciones, sin tomarles razon de su oríjen ni de su derecho, con tal que cumplan su deber; i su deber es el de establecer o mantener el órden, hacer observar la justicia entre los pueblos, i hacer reinar la paz, a fin de que los ciudadanos, protegidos en sus intereses materiales i espirituales, i asegurados de una vida plácida i tranquila bajo la ejiida de la autoridad, puedan pacíficamente dar a Dios lo que le es debido, i trabajar eficazmente, guiados por la Religión, en procurar su salud i merecer eterna felicidad en la otra vida. Porque tal es, segun San Pablo i la recta razon, el verdadero objeto, el objeto final de la sociedad humana:—*Ut quietam et tranquillam vitam agamus in omni pietate*. Es con este fin que se ha instituido por Dios el poder sobre la tierra, i que ella está ordenada segun ciertas formas acomodadas al jenio de los pueblos: *Non est enim potestas nisi a Deo; quæ autem sunt, a Deo ordinatæ sunt*.—I sobre el cumplimiento de esta primera condicion de la existencia de los poderes humanos, se fundan el respeto i la obediencia que les son debidos.

He aquí por qué, mui amados cooperadores, vemos a la Santa Iglesia Católica justificando su título, i fiel a su carácter de universalidad, ofrecerle a todos, hacerse toda para todos, esparcir sobre todos igualmente las olas de vida que Dios vierte sobre ella incesantemente.

Colocada por la mano de Dios sobre la montaña sagrada que recibe las lluvias i el rocío del Cielo, ella viene a ser como un inmenso depósito de donde se esparcen, por canales diversos, o mas bien por una infinidad de rios, sobre todas las sociedades cristianas indistintamente, i cualquiera que sea la forma de su gobierno terrestre, las aguas saludables de la verdad i de la gracia, la abundancia de sus bendiciones.

La Iglesia se personifica en el sacerdote; i es por él que se hace sentir su accion divina sobre los hombres. La conducta, pues, de la Iglesia debe ser entre nosotros, como siempre, el modelo i la regla de la nuestra. Debemos a todo trance participar de su inmutabilidad en medio de las borrascas del siglo; i así como en la distribucion de sus luces i de sus gracias, de sus so-

corros i de sus consuelos, la Iglesia en nada se preocupa de las diversas formas de gobierno adoptadas por los pueblos diferentes como las mas apropiadas a sus costumbres i necesidades; del mismo modo nosotros, ministros de Dios, en el ejercicio de nuestras funciones sagradas, debemos no hacer excepcion de ninguno, i mostrarnos igualmente consagrados a nuestros semejantes, prontos siempre a sacrificar aun nuestra vida por cada uno de ellos, sin distincion de opiniones ni de partidos políticos, haciéndonos todos para todos, como lo quiere el grande Apóstol, a fin de ganarlos todos para Jesucristo, si es posible.

Pero para esto, queridos cooperadores, es preciso necesariamente, que en nuestra conducta con los fieles, permanezcamos estraños a esas opiniones, a esos partidos, cualesquiera que sean, por otro lado, nuestras convicciones i simpatías.

El sacerdote que, en su vida social, en sus relaciones oficiales i cotidianas con el mundo, se mezclase en los debates apasionados de la política; el que, sobre todo, en el cumplimiento de los deberes de su santo ministerio, i particularmente en la predicacion de la palabra divina, olvidando el respeto debido a la cátedra cristiana, la trasformase en una especie de tribuna, en la que solamente se permitiese alusiones mas o ménos directas a los negocios públicos i a los que toman parte en ellos, comprometería bien pronto con su carácter de sacerdote, los intereses augustos de la Religión; ese, esterilizando por sí mismo su fe i su zelo, haría infructuosas todas las obras de su sacerdocio, a lo ménos para aquellos cuyos sentimientos hubiese lastimado por esas demostraciones de espíritu de partido, demostraciones mas culpables, desde luego, que intempestivas, verdaderamente criminales a los ojos de Dios, como a los de los hombres.

Tenemos necesidad de insistir en esto? pero vosotros lo sabeis, amados cooperadores; nada es tan esclusivo i aun tiránico como la opinion en materia política. Por lo comun los hombres sacrifican mas bien su fortuna, su tranquilidad, el reposo, la paz, el bienestar de su familia, que su opinion. Hai en la opinion política, en el espíritu de partido que ella hace nacer, alguna cosa de fascinador que ciega i aturde, algo de dominador que subyuga i arrastra. Se perdona fácilmente a los demas el tener una religion opuesta a la que se profesa, el seguir una moral mas suave o ménos severa, el abrazar un sistema distinto de filosofia; pero no se les permite lo mismo el sostener i defender otra bandera política. Hoi todo se tolera, aun lo que hai de ménos tolerable, escepto lo que necesita de tolerancia, a saber: la diversidad i oposicion de los sentimientos en una cosa tan oscura i variable, i en la cual los afectos i los intereses hacen un papel tan grande.

Lo que desgraciadamente es mui cierto, pues que lo vemos con nuestros propios ojos, es que la adhesion obstinada a la opinion política divi-

de la sociedad en muchos campos enemigos, siempre armados i prontos a irse a las manos; lo que atestigua una fatal esperiencia, es que, del choque violento i sin cesar repetido de las opiniones contrarias, sale un fuego ardiente que inflama las pasiones, escita las masas populares, i arma, unos contra otros, a los hijos de una patria comun; i este fuego ¡ai! quién no lo recuerda, ha producido entre nosotros los males lamentables de la guerra civil, con la cual hemos espantado al mundo ya muchas veces!

Ahora si es esto lo que en nuestros dias, divide mas a los hombres, si ellos han llegado hasta mirar como enemigos a todos los que contrarían o no aceptan sus sentimientos en esta materia, cómo les acordarán su estimacion, su afecto i su confianza, a los sacerdotes a quienes colocarán en el número de sus adversarios? Así, pues, comprenderéis, queridos cooperadores, que faltaríamos a todo lo que la prudencia i el éxito de nuestro santo ministerio exigen de nosotros; faltaríamos a Dios, a la Iglesia i a nuestra mision de paz i de amor, si nos mezclásemos en los debates de la política humana.

Podríamos confirmar esta doctrina con los testimonios i ejemplos de la santa antigüedad. El imperio romano, desde los primeros tiempos de la Iglesia, estaba tambien entregado a las facciones, dividido por los partidos. ¿Qué decia a propósito de esto Tertuliano, en su inmortal apolojética, a los paganos? "De dónde, pues, han salido, os pregunto, los Cassius, los Niger, los Albinus? esclamaba él. "Si no me engaño, todos estos hombres eran romanos, es decir, no eran cristianos. Examinad lo que pasa entre nosotros, decia todavia al procónsul de Africa "Seápula; no encontraréis aquí ni Albinenses, ni Nigrenses, ni Cassianos. El discípulo del Cristo no entra en faccion alguna, no es de partido alguno, porque no es enemigo de nadie."

He aquí un monumento único en los fastos del cristianismo como en la historia del mundo, que nos exime de citar otros testimonios porque él resume en sí la mas grande autoridad posible, la de doce millones de fieles degollados en el curso de los tres primeros siglos por creer en Dios i en el Evangelio, por rehusar incienso a los ídolos, pero jamas por haber pertenecido de cerca o de léjos a una faccion o a un partido. Leed esos magníficos interrogatorios, conocidos bajo el nombre de *Actos de los mártires*, i vereis que las opiniones i los intereses de la política humana, las intrigas i las luchas, las conspiraciones, los tumultos, las revueltas, no han podido ofrecer ningun fundamento probable a las odiosas acusaciones, ningun motivo, aparente siquiera, a las persecuciones mas violentas. Esos héroes del cristianismo temian detener los progresos de la religion de amor, al hacer de sus adversarios políticos otros tantos enemigos de la Iglesia. Así, cada uno podia decir, como el apóstol San Pablo respondiendo a sus acusadores ante el tribunal de Félix: "No se me ha visto disputando

“ con ninguno, o amotinando al pueblo con mis discursos; porque yo quiero mantener mi conciencia sin reproche delante de Dios i de los hombres.”

Ahora, si tal es el espíritu del cristianismo, esta regla de conducta trazada desde el principio mismo a los simples fieles, es hoy incontestablemente un deber riguroso para los sacerdotes, a causa de las circunstancias difíciles, apasionadas, en que vivimos, i de la situación de la Iglesia en medio de la efervescencia de los partidos i de la inestabilidad de los poderes humanos.

En nombre de Dios i de la Iglesia, en nombre de la dignidad de vuestro sacerdocio, alejados, pues, del teatro en que se representa, para desgracia de las naciones, la terrible tragedia cuyas escenas se precipitan no sabemos ácia qué desenlace. Contemplad, pero a distancia, desde la altura de vuestra fe, el espectáculo de esas luchas ardientes de los partidos, difundiendo sobre todos la piedad i el perdón que el error i la debilidad humana reclaman.

No descendais de la montaña sagrada a la llanura, sino para llenar en ella vuestro ministerio de reconciliación i de amor, para calmar los odios, para bendecir, para amar. Durante los conflictos de la política humana, entre los choques violentos del poder i de la libertad, en medio del ruido de las revoluciones, en el derrumbamiento de los tronos i la ruina de los imperios, que la voz del pontífice, la voz del sacerdote no se haga oír sino para estrechar, como Ambrosio a Teodocio, las leyes de la clemencia i de la justicia, del arrepentimiento i de la expiación; para defender como Flavio ante el emperador enzañado, la causa de la humanidad en favor de una ciudad condenada a perecer; o como ese gran Papa corriendo sin armas delante del terrible conquistador, llamado el azote de Dios, para detener las olas de la barbarie; o en fin, como el inmortal Arzobispo de Paris, nuestro predecesor de gloriosa memoria, precipitándose con palabras de paz, al través del fuego de la guerra civil para detener una lucha fratricida, i estinguéndola con la efusión de su sangre que ofrece a Dios en sacrificio.

V.

Después de los principios las consecuencias. I desde luego, sin examinar lo que puede convenir por otra parte, i únicamente preocupado de la posición casi siempre excepcional de nuestra diócesis, no solamente exhortamos a nuestros muy amados hijos en el sacerdocio a no presentarse como candidatos para nuestras asambleas políticas en las próximas elecciones, sino que creemos deber, en los intereses al mismo tiempo de la Religión i de la patria, prohibirlo espresamente a todo sacerdote de nuestra diócesis ocupado en el ministerio sagrado, con cura de almas, conforme al espíritu del Concilio de Paris.

La presencia de los miembros del clero en la Asamblea constituyente, i aun en la Asamblea

legislativa que le siguió inmediatamente, podía explicarse por la gravedad i rareza de las circunstancias en que ellas fueron convocadas: momento supremo en que la sociedad trastornada en sus bases tenia necesidad, para afianzarse, de los esfuerzos de todos.—Entonces todos los partidos parecían haberse confundido en una voluntad unánime, la de salvar el país; todos los ciudadanos parecían no tener sino un mismo pensamiento, reconstituir el orden social; i en fin, desde esta solemne coyuntura, la opinión pública, no la de un partido, o de una fracción, sino la opinión de todos, porque todos estaban reunidos por el peligro común, venía ácia nosotros con benevolencia, i convidándonos a sentarnos en el Consejo de la Nación, nos rodeaba de todas las señales de respeto i de confianza, i reclamaba altamente el concurso de nuestra consagración i de nuestras luces.

Pero hoy la posición no nos parece la misma. Con el temor del peligro mas extremo la unión ha cesado; desde que la sociedad parece tranquilizarse, los partidos se separan, se miden i se disputan el imperio.

Para tener alguna influencia en esas Asambleas de la Nación seria, pues, necesario adherirnos a uno de los partidos, votar con él. I nosotros jamás debemos llegar a ser hombres de partido. Ministros de la Iglesia Católica, pertenecemos a todos, para moralizarlos a todos, para salvarlos a todos; i el interés eterno de las almas debe siempre sobreponerse en nuestro espíritu i en nuestro corazón, al interés limitado i pasajero de la política.

Si observásemos otra conducta, quedaríamos, por otra parte, tarde o temprano, infaliblemente comprometidos en el ardor de esos debates terrestres, i la Religión, arrastrada en nuestra persona a la arena política, espuesta a la violencia o al ridículo, sufriría allí, por nuestra imprudencia o nuestra vanidad, un martirio inútil i sin gloria.

Cosas mejores tenemos que hacer, muy amados cooperadores, especialmente en el seno de esta capital, primer teatro de las revoluciones políticas, i donde por consiguiente son mas de temer por nosotros los resentimientos de los partidos a los cuales hubiésemos dañado con nuestros discursos o con nuestros votos. Sacerdotes del Salvador de los hombres, le debemos el ganarle almas, volverlas al camino de sus destinos i salvarlas para la eternidad. Tenemos, en el templo, que rogar, que implorar de aquel de quien solo puede venirnos el socorro en estos días de peligro, el Dios fuerte, el padre de las luces, la fuente de todo bien perfecto. Tenemos que distribuir a los pueblos el pan de la palabra divina, que enseñarles la justicia i la caridad, que visitarles, cuidarles, aliviarles en todas sus miserias del alma i del cuerpo, que reconciliarles entre sí en la paz del Señor. Tenemos que conducir las ovejas que nos están confiadas, a las aguas saludables, a los pastos de la eterna vida

que nos están preparados en los sacramentos de la Iglesia.

Tenemos, en una palabra, que marchar a su cabeza en el camino del cielo, dándoles, con el precepto, el ejemplo de todas las virtudes. I para llenar con suceso, en todo tiempo, durante la tempestad como en la calma, este ministerio de paz i de amor, de reconciliacion i de salud, cerca de nuestros hermanos, es preciso que permanezcamos estraños a sus divisiones, que jamas tomemos parte en sus luchas.

VI.

Sin embargo, la política no combate solamente en nuestras asambleas deliberantes o populares; tambien se ajita en otra arena, abierta por la prensa, tanto mas comprometente, tanto mas azarosa, cuanto que la lucha que en ella se renueva todos los dias, carece por lo comun de regla i de moderacion. Allí, en ese combate, en esa lucha de las opiniones humanas, todo parece confundido, el bien i el mal, lo verdadero i lo falso, los pensamientos útiles i los funestos, el alimento saludable de los espíritus i el veneno de las almas: unas veces creis sentir en ella el soplo de Dios i otras el soplo de Satan.

Que la vestidura del sacerdote no aparezca en esa arena: allí se vería desgarrada i manchada, no ya como ántes en los circos paganos, por el diente de la bestia i por la sangre de la victima, vertida en testimonio de su fe i en provecho eterno de su alma, sino por la mordedura venenosa de las pasiones humanas, felices con atacar al sacerdote en el hombre político, con humillarle, con ultrajarle i degradarle, con perderle quizá, haciéndole participar de sus exesos. Que el ministro de la iglesia, pues, no se mezele mas en los debates de la prensa política que en los de la tribuna, si quiere conservar todo el esplendor i la independenciam de su divina mision!

I no solamente no debe tomar parte directa en esos debates, sino que algunas veces tambien debe temer que el color mui pronunciado de un periódico, en el cual trabaja en interés de la Religión reflejándose sobre sus artículos no altere la intencion de él por una solaridad inevitable, i perjudique así a su colaboracion en la parte puramente religiosa.

Por otra parte, mui amados cooperadores, rara vez puede hacerse sobre este terreno la defensa de la Religión. Estando ocupada la posicion principal por la política, la cual dispone las materias de su polémica de cada dia segun cierto orden de batalla, la Religión, cuando interviene, está espuesta a quedarse en segunda línea, como un auxiliar pagado por el partido que la emplea segun las exigencias de la lucha, siguiendo las incertidumbres del combate, i entónces la vergüenza menor que habrá de sufrir será la de aparecer protegida por ese mismo partido. No tendrá, pues, ni el lugar que le conviene, ni la dignidad que su carácter reclama. Se arrastrará como una mercenaria, en pos de los misera-

bles intereses del dia. Así, la hija del cielo, la reina de las almas, vendrá a ser la esclava del siglo en sus pretensiones mas ambiciosas i terrestres, cuando debia instruirle, moralizarle, espiritualizarle, dirigirle en las santas vias del Evangelio.

Pero si se quiere absolutamente defender la Religión por medio de los periódicos, pero defenderla con provecho i suceso, es preciso que la parte consagrada a las doctrinas i a los hechos religiosos sea claramente distinta, completamente separada de la política, i que todo por consiguiente esté allí subordinado a los intereses celestes, los únicos en resúmen, que valen la pena de consumir en ellos los esfuerzos i la vida. Es necesario que los escritores que se consagran a esta alta mision, se eleven con las alas de la fe i de la caridad, sobre las cosas de la tierra, i que posándose en una rejion superior a las borrascas políticas, recuerden sin cesar a los hombres, como desde lo alto del cielo, sus inmortales destinos, i dirijan su ambicion ácia las glorias i delicias de la ciudad permanente, cuya infalible esperanza no encontrarán sino en la iglesia de Jesucristo. I he aquí por qué, mui amados cooperadores, recomendamos tan instantemente a los escritores que tratan de las materias religiosas, i cuyo zelo por otra parte es tan digno de elojio, el no enarbolar por bandera sino la cruz, si realmente quieren servir a la Iglesia i hacer triunfar por todas partes los intereses sagrados de la Religión.

VII.

Aquí, mui amados cooperadores, permitid que nuestra paternidad, por el deseo de seros verdaderamente útil, descienda a los mas humildes detalles en los consejos que hemos tenido el pensamiento de dirijiros. Aconsejarémos, pues, al sacerdote que quiera librar su espíritu de toda exajeracion, i mantenerse superior a las opiniones contrarias, juzgándolas con imparcialidad e induljencia, le aconsejarémos el leer con suma precaucion los papeles públicos. Los periódicos (hablamos en jeneral) son dogmáticos, ofensivos i acerbos. Son exajerados i exclusivos; llevándolo todo al estremo en el interes del momento. No ven el bien sino en su sistema, no toleran sino su opinion, i no aceptan o no hacen valer sino lo que se les parece; censuran, denigran, condenan o ahogan en el silencio todo lo que les es contrario, o no les conviene siquiera. Tienen elojios i lisonjas para los hombres de su color, por débiles, mediocres o poco recomendables que por otra parte sean. No tienen sino malas insinuaciones, críticas parciales i aun ultrajes para sus adversarios, cualesquiera que sean sus talentos i virtudes; porque lo observan todo bajo el punto de vista del interes del periódico, que es el interes del partido, i todos sus juicios están en razon de este único punto de vista.

Así, mui amados cooperadores, nada tuerce ni estrecha mas el espíritu que la lectura habi-

lual i única de la hoja que se ha adoptado exclusivamente. Se acaba por identificarse con el pensamiento de su diario, i como este pensamiento se presenta cada dia bajo todas las formas, viene a ser una especie de idea fija que poseé la intelijencia i obceca la voluntad. El alma entónces, dominada en sus facultades por esa influencia de todos los dias, i jirando sin cesar al derredor de un mismo pensamiento, que la circunscribe de mas en mas, cesa de gozar de toda su libertad, i concluye por no tener ya en sus juicios sino una sola regla, la idea fija de la cual viene a ser esclava. Entónces, opiniones variables i relativas, como los intereses o las pasiones que representan, vienen a ser para ella la verdad absoluta, i, como es natural, todo lo que no cuadra con esta verdad absoluta, lo rechaza con desprecio o con cólera. De ahí la intolerancia, la exaltacion, la vio'encia en las palabras i los actos, como en los sentimientos i los pensamientos. De ahí el fanatismo político.

Si tanto es, mui amados cooperadores, que queréis consagrar alguna parte de un tiempo, tan precioso para el sacerdote, a la lectura de los diarios, i quizá lo debeis, para manteneros al corriente de la historia de vuestra patria i del mundo, no os adhirais servilmente a la palabra del que habeis adoptado, si no quereis venir a ser, casi sin percibirlo i algunas veces a vuestro pesar, un hombre de partido. Aceptad lo que en los diarios encontréis de verdadero, de justo, de noble i jeneroso, rechazando, con la relijion de verdad i de amor, de la cual sois ministros, todo lo que pueda haber en ellos de apasionado, odioso i exclusivo. Sin abjurar de vuestras propias convicciones, no condeneis las opiniones de los demas, ántes de haberlas examinado, cuando estas opiniones nada tengan de contrario a la enseñanza de la Iglesia.

Vedlas por vosotros mismos, cada una en su verdadero tiempo, no desfiguradas, sino tales como os son espuestas por sus autores. Oid sériamente, con sinceridad, a los que no participan de vuestro sentimiento, i entónces los que algunas veces os mostrais tan injustos, respecto de vuestros adversarios, tan duros para con los que no tienen vuestra manera de ver, concluireis que se puede ser de buena fe honrado, pensando de distinto modo que vosotros. Entónces esta máxima tan sabia que hollamos a nuestros pies ¡ ai! con suma frecuencia, i que es sin embargo de la iglesia; vendrá a ser nuestra divisa comun, *in necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas*. La paciencia, la mansedumbre i la caridad, que no buscan su propio interes, dice San Pablo, i saben sufrirlo todo, tomarán el lugar de esa cólera, de esa dureza, de esa fogosidad de opinion, que son un gran mal en un simple fiel, pero que pueden venir a ser un crimen, a los ojos de Dios, en un sacerdote.

VIII.

No es bastante, mui amados cooperadores,

para el cumplimiento de nuestra santa mision, el ponernos en guardia contra estos errores i peligros. Al sacerdote, mas que a ninguno otro, no le basta abstenerse del mal i combatirle; debe tambien cooperar con valor en el progreso del bien, trabajando con todas sus fuerzas por realizarlo él mismo en los demas. Mucho es ya el mantenerse en calma i sin pasion en medio de los partidos; mucho es el no comprometer, a sus ojos, su ministerio sagrado por opiniones exaltadas; el no enajenar su estimacion i su afecto, a fin de estar siempre pronto a servirles i consolarles en las necesidades de su alma, en medio de sus luchas, i sobre todo en los males que de ellas se orijinan, es decir, la pérdida de la fortuna o de la libertad, la ruina de las familias, la miseria i la desesperacion: porque el sacerdote entónces, que ha sabido mantenerse en su puesto, es como un ángel de salud descendiendo de esa rejion superior a donde las cosas de la tierra no pueden alcanzar i trayendo a los que sufren, cualesquiera que sean su creencia o su opinion, i únicamente porque son hombres i desgraciados, las palabras i las bendiciones del cielo.

Todo esto, pues, es un bien, i prepara maravillosamente la influencia del sacerdocio de Jesucristo sobre los pueblos. Pero es necesario ademas, que el sacerdote del verdadero Dios, despues de haberse captado la confianza de sus conciudadanos por una conducta imparcial i moderada, en medio de las pasiones políticas, i sin dejarse arrastrar por ninguna de ellas, use de ese imperio tan lejítimo sobre los espíritus, así como de toda la influencia de sus funciones sagradas, para ganarlos a todos, si es posible, a la causa del orden, de la justicia, al amor de la union i de la paz, al ejercicio de la beneficencia i del desinterés, en una palabra, al cumplimiento de todos los deberes del ciudadano. *Llenar concienzudamente los deberes del ciudadano, no lo olvideis, es el medio mas seguro de poner fin a las discordias civiles, i de cerrar el abismo de las revoluciones.*

Estos deberes son, pues, infinitamente respetables i sagrados, i el sacerdote, que es el hombre de la justicia i de la paz, el sacerdote, cuya palabra debe ser la de Dios mismo, el sacerdote, su representante i su órgano, *está obligado a predicar esos deberes* en nombre del que le ha enviado, con tanto zelo e insistencia como todos los deberes de la vida cristiana, porque ellos constituyen la moral pública, no ménos obligatoria que la moral privada, i que tiene tanta mas importancia, cuanto que asegura la salud i la dicha de la sociedad entera.

He aquí cómo el sacerdote, si lo quereis, puede mezclarse felizmente en la política: predicando a todos, sin escepcion de persona, lo que el estado social impone a todos, el respeto de las condiciones esenciales del orden público, que son las concesiones mutuas, los sacrificios respectivos, los deberes de los unos respecto de los otros, sin los cuales (fuerza es convenir en ello),

no hai sociedad estable ni civilizacion posible.

Pero es en esto sobre todo, mui amados cooperadores, que la predicacion debe ir apoyada con el ejemplo, si queremos llenar todas las condiciones de nuestra mision divina. Porque, al entrar en la milicia santa, hemos podido mui bien renunciar a ciertas ventajas de la vida social, a las dignidades i a los negocios del siglo, juzgados por la Iglesia incompatibles con los privilegios i las glorias del sacerdocio; hemos mui bien podido, por el jeneroso deseo de ser mas útiles a nuestros hermanos, sacrificar algunos de nuestros derechos de ciudadanos; pero no hemos podido rechazar uno solo de nuestros deberes. Que sepa, pues, el mundo, siempre tan injusto respecto a nosotros, que hemos venido a ser mas inviolables i sagrados, segun los principios de nuestra fe, desde que el carácter de sacerdote ha sido impreso a nuestras almas. Ahora, esos deberes del ciudadano, que debeis sin cesar recordar, con el ejemplo i la palabra, a los fieles que os están confiados, los reducimos aquí a dos: la obediencia a la lei i el amor a la patria.

IX.

El desprecio que se hace de las leyes, mui amados cooperadores, es la causa de todos nuestros males: de allí los tumultos, las revueltas, las discordias civiles, las guerras fratricidas, los trastornos del pais; de allí esa prolongada enfermedad de los espíritus, la falta de confianza, los temores de nuevas catástrofes, todos esos peligros, en fin, que amenazan la paz pública o que a lo ménos impiden el renacimiento de la prosperidad. No os admireis, pues, si nos estendemos con alguna detencion sobre el respeto de la lei i la obediencia que le es debida. Sabemos que vosotros, sacerdotes de Jesucristo, sois sus mas fieles observadores. Pero no olvidéis que si nos dirigimos mas directamente a vosotros, hablamos sin embargo en presencia de vuestros hermanos, i para instruccion de todos. Por otra parte, queremos, suministraros aquí el testo de las enseñanzas que habreis de desarrollar vosotros mismos, desde lo alto de la cathedra cristiana.

La lei, vosotros lo sabeis, mui amados cooperadores, es la razon suprema de las cosas en el órden moral como en el órden físico. Ella, por consiguiente, es el principio i la garantía del órden, i el órden es la condicion de la vida en todas las esferas de la creacion. La naturaleza, con sus diversos reinos i los millares de existencias que la llenan, no subsiste sino por el cumplimiento continuo de las leyes que el Creador le ha impuesto; o mas bien, las leyes de la naturaleza son la aplicacion constante de las ideas eternas de la sabiduria divina a la conservacion i al desarrollo de los seres que ha creado.

Nada hai, pues, de bueno en la naturaleza sino por la observacion de las leyes que la rijen, puesto que es Dios mismo, el bien soberano, el soberano poder, el que obra por ella. Sucede lo mismo en el mundo moral, con la diferencia de que

los seres morales, dotados de intelijencia i de libertad, tienen por su intelijencia la facultad de reconocer ellos mismos las leyes que pueden infringir. Cuando el sér moral ejecuta voluntariamente la lei que ha discernido con su razon, está en el órden, porque su acto está conforme al pensamiento divino, i el ejercicio de su libertad está de acuerdo con la voluntad de Dios. Por aquello que está en el órden, está en el bien, i tambien en la paz. Si al contrario, viola la lei por un acto propio de su voluntad, sale del órden, entra en oposicion con la razon suprema, con la voluntad divina, i entónces su existencia arrastrada por el movimiento de su voluntad propia, sale, por decirlo así, de su órbita, i se precipita sin regla, como un astro errante en los espacios, tratando desatentadamente de formarse su camino. De aquí su agitacion, su turbacion i su desgracia.

Ya concebireis, mui amados cooperadores, cuánta veneracion, fidelidad i amor debe infundir por ella misma esta nocion de la lei! Comprendeis tambien el papel que la lei misma representa esencialmente en toda sociedad entre criaturas racionales i libres. Donde quiera que los hombres estén reunidos en familia o en nacion, la lei es necesaria para arreglar la asociacion, i nace de la naturaleza de las cosas i de sus relaciones. La primera condicion de la sociedad humana es, pues, el establecimiento i mantenimiento de la lei, de una lei que lleve consigo las bases de aquella i las afirme por una pública sancion, para hacerlas incontrastables. Quien no ve desde luego, que el primer deber del ciudadano, o del hombre de la ciudad, del que quiere vivir en libertad con sus semejantes, segun la soberana equidad, es la obediencia a la lei; es un mal ciudadano i comete un crimen que viola a sabiendas las leyes de su pais, cuando estas leyes humanas, no contrarias a las divinas, establecen el órden público haciendo respetar los derechos de todos i de cada uno. Estas leyes entónces deben ser venerables i santas para todos los ciudadanos, como rayos de la justicia eterna, quien pretenda trasgredirlas, como dice el grande obispo de Meaux, no es solamente un enemigo público, sino un enemigo de Dios, porque Dios mismo ha dicho: "Es por mí que los legisladores hacen las leyes, i que los jueces administran la justicia sobre la tierra."

He aquí los principios de todo órden i de toda civilizacion, en los cuales los antiguos i los modernos, los paganos i los cristianos, el buen sentido i la razon, i los intereses de todos los pueblos, vienen, por decirlo así, a encontrarse. La lei, dice Ciceron, es la razon suprema, que resalta de la naturaleza misma, i que prescribe lo que debe hacerse i evitarse. Esta razon común, comprendida i afirmada en el alma humana, es la lei.

Necesario es colocar la lei en el número de los mas grandes bienes, añade él; las leyes son para la salud de los ciudadanos, para la conservacion de las ciudades, para hacer la sociedad

de los hombres mas dulce, mas tranquila, para hacerles vivir honrados i dichosos. Ciceron no es en estas hermosas palabras sino el intérprete de Platon, i Sócrates, el maestro de este último, rehusó salir de su prision por la huida de una condenacion capital, injusta, pero legal, para no carecer de respeto a la lei. "Pasajero, escribian los guerreros de Leonidas con la punta de sus espadas sobre las rocas de las Termópilas, en el momento de morir por la patria, pasajero, id a decir a Esparta que hemos muerto aquí por la defensa de sus santas leyes."

La antigüedad griega i romana está llena de estos memorables ejemplos, i lo que mas recomienda a estos pueblos a nuestra admiracion, al juicio de los Padres de la Iglesia, i notablemente de San Agustin, es su veneracion, casi diremos su adoracion, por las leyes de su pais. Todavía tendremos muy pronto que hacerlos ver, en el cristianismo, ejemplos mas santos, modelos mas sublimes de ese respeto por la lei, como tambien del amor a la patria.

X.

El amor de la patria, muy amados cooperadores, es el segundo deber del ciudadano. El amor, dice el grande apóstol, es la plenitud, el complemento de la lei, *plenitudo legis dilectio*. Esta es la verdad en todos los órdenes. El que ama lo que la lei prescribe o aborrece lo que ella prohíbe, no tiene riesgo de violarla, e irá siempre adelante de lo que le ordena.

Para este, dice aun San Pablo, no hai lei; porque todo el que no quiere infringir la lei está mas arriba de ella: la lei no le alcanza. Así, el amor de la patria, el patriotismo, es al respeto de la lei en el orden político, lo que la caridad es a la justicia, el consejo al precepto, en el orden moral i religioso. Amar a Dios es el primero i mas grande de los mandamientos, el que comprende todos los demas; i así mismo, amar a su patria es el primero i mas grande de los deberes del ciudadano, i el patriotismo es el principio de todas las virtudes públicas.

Ahora, haced notar bien esto a nuestros fieles, amados cooperadores: así como el amor de Dios no se mide bien, no se aprecia con exactitud, por la vivacidad del sentimiento i los trasportes de la ternura, sino mas bien por el cumplimiento de su palabra i por la fidelidad a sus mandatos; así tambien el amor a la patria no se estima por protestas i frases, sino principalmente por la exactitud en ejecutar sus leyes, por el deseo de todo lo que la puede ser útil i glorioso, por el zelo en cumplir las obligaciones que ella impone, en prestar los servicios que exige, en hacer los sacrificios que ella espera, yendo aun mas allá de lo que tiene derecho a exigir, i en fin, si la salud del pais i el interes de todos lo reclaman, por el abandono de su fortuna i por la inmolation de su vida. No, todavía mas, el verdadero patriotismo no se prueba con soberbios discursos, con magníficos sistemas, con sabias teorías para me-

jorar la suerte de todos o de algunos. Se demuestra por la preferencia habitual del interes público al interes privado, i por la abnegacion de sí mismo ante el bien comun. Virtud sublime, oh amor de la patria, cuán rara eres!

Jesucristo decia al pueblo: "Si alguno quiere ser mi discípulo que renuncie a sí mismo, que tome mi cruz, la lleve todos los dias i me siga." La patria dice a cada uno de sus hijos: "Si quieres pertenecerme como ciudadano, si quieres participar de mi vida, mi grandeza i mi gloria, sabe tambien sufrir conmigo i por mí; es preciso que te renuncies en muchas cosas, que aceptes privaciones, dolores i sacrificios por amarme." Son, pues, el desinterés i la consagracion los que constituyen el verdadero patriotismo i hacen los grandes, los magnánimos ciudadanos. Quien no sabe hacer sacrificios por su pais no le ama verdaderamente, i si el alma del ciudadano es dominada por su propio interes, hasta el punto de no ver sino sus negocios privados en la cosa pública i de explotar el pais en la parte de influencia que posee, en provecho de su poder o de su fortuna, estará muy cerca a desobedecer las leyes cuando ellas contraríen su egoismo, sea que las eluda con la astucia, si es demasiado débil, sea que las ataque abiertamente con la violencia, si tiene en sus manos la fuerza.

Esto es ¡ai! lo que nos pierde hoy, el egoismo, la preferencia del interes privado, el cuidado de su fortuna o de su gloria mas bien que la solicitud de la cosa pública. I aquí, muy amados cooperadores, debemos señalar la influencia de la fe religiosa i el vacío que ella deja, por su ausencia i su tibieza, en las virtudes i las glorias de la patria. El verdadero cristiano, el que no lo es solo de nombre por haber sido bautizado e instruido por la Iglesia, sino que tiene en el corazón, como principio de toda su actividad moral, la fe, la esperanza i la caridad; el que realiza su creencia con la práctica de los mandamientos de Dios i de la Iglesia, que se penetra cada dia mas del espíritu del Evangelio, que no cesa, en el curso de su vida, de multiplicar las obras santas i útiles; ese, en virtud misma de su fe, de su esperanza i de su caridad, desarrolla su intelijencia, dilata su corazón, le separa de las cosas interiores, lo eleva sobre la esfera de los intereses privados; i, estendiendo al mismo tiempo los deseos de su alma hasta lo infinito por la posesion de Dios, i los afectos de su corazón sobre todos sus hermanos por la participacion en el amor inmenso de Jesucristo, combate en sí el egoismo jenerosamente, rompe los lazos estrechos de la individualidad, i concluye, con la gracia de Dios, por abrazar a todos los hombres en su amor, consagrándose a todos, a ejemplo del Divino Maestro, con alegría, sin reserva, hasta el sacrificio de sí mismo.

Así, pues, el verdadero cristiano será siempre un buen ciudadano: porque el que sabe amar i servir a todos sus semejantes, cualesquiera que sean, a despecho de los instintos de la naturale-

za i con detrimento de su propio interes, ¿cómo i con mucho mayor razon, no amaria tiernamente esa porcion de hombres que compone su nacion? Cómo no se consagraria de alma i de corazon a todos sus conciudadanos, hasta ofrecer su fortuna i su misma vida, si fuera preciso, por la salud o la gloria de la patria? Si, al contrario, la fe, fuente de toda abnegacion, principio de la divina caridad, se ha borrado de su corazon, él vendrá a ser tanto ménos capaz de ejercer las virtudes políticas, i este hombre será difícilmente un buen ciudadano, porque habrá dejado de ser un buen cristiano, es decir, un hombre de fe i de sacrificio.

Así, vosotros lo veis, el principio mas activo del amor de la patria es tambien la caridad cristiana, i la fuente de la caridad es la fe. Ahora, mui amados cooperadores, vosotros sois los apóstoles de esta fe cristiana; i por tanto, enseñando a las almas que os están confiadas a amar a Dios i al prójimo, les enseñais tambien a amar a la patria i sus instituciones.

I ahora, oigamos a Bossuet confirmando nuestra doctrina con los ejemplos de Jesucristo, de los apóstoles i los primeros fieles. Nos parece que no podemos coronar mejor las instrucciones que os dirigimos hoy.

XI.

La escritura está llena de ejemplos que nos enseñan lo que debemos a nuestra patria; pero el mas bello de todos los ejemplos es el de Jesucristo mismo.

El hijo de Dios hecho hombre, no solamente ha cumplido todos los deberes que exige de un hombre la sociedad humana, caritativo con todos; i los de un buen hijo para con sus padres, a quienes está sometido; sino tambien los de buen ciudadano, reconociéndose “enviado a las ovejas descarriadas de la casa de Israel”

Se le reconocia por buen ciudadano i era una poderosa recomendacion acerca de él la de amar la nacion judaica. Los senadores del pueblo judio para obligarle a volver “al centurion un servidor enfermo que le era mui querido, rogaban a Jesus con ardor, diciéndole: Merece que le asistais porque ama nuestra nacion i nos ha construido una sinagoga: i Jesus fué con ellos i curó a este servidor.”

Cuando él pensaba en las desgracias que tan de cerca amenazaban a Jerusalem i al pueblo judio, no podía retener sus lágrimas. “Al acercarse a la ciudad i mirarla, se puso a llorar por ella: si conocieses, dijo, en el tiempo que tienes para arrepentirte, lo que podria traerte la paz! pero esto está oculto a tus ojos.” Estas palabras las dijo entrando a Jerusalem, en medio de las aclamaciones de todo el pueblo.

Este cuidado que le impulsaba en su triunfo, no le abandonó en su pasion: cuando se le conducía al suplicio, “una gran tropa de pueblo i de mujeres que le seguian se golpeaban el pecho i sollozaban; pero Jesus volviendo a ellas les

“dijo: Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí; llorad por vosotras mismas i por vuestros hijos.” No se queja de los males que le hacen sufrir injustamente, sino de los que tan inicuo procedimiento debe atraer a su pueblo.

“Nada habia olvidado para impedirlos. Jerusalem, Jerusalem, que matas a los profetas i apedreas a los que te son enviados, cuántas veces he querido reunir tus hijas como una gallina reúne sus polluelos bajo sus alas, i no lo has querido! I por esto vuestras casas van a ser pronto desoladas.”

El fué durante su vida i en su muerte, esacto observador de las leyes i de las costumbres loables de su país, aun de aquellas de las cuales sabia estar esento.

Se censuraba a San Pedro el no pagar el tributo ordinario del templo, i este apóstol sostenía que en efecto no lo debía. Pero Jesus hace pagar un tributo, aunque no lo debia, como hijo de Dios, por temor de producir la menor turbacion del orden público.

Se habia sometido en todo al orden legal, haciendo dar al César lo que era del César, i a Dios lo que era de Dios.

Jamas pretendió nada contra la autoridad de los magistrados. Uno de la comitiva le dijo: “Señor, mandad a mi hermano que haga particion conmigo.—Hombre, le respondió él, quién me ha establecido para ser vuestro juez i para hacer vuestras particiones?”

Por lo demas, la omnipotencia que tenia en sus manos no le impidió dejarse prender sin resistencia. Reprendió a San Pedro por haber dado una cuchillada, i enmendó el mal que este apóstol habia hecho.

Comparecía ante los Pontífices, ante Pilatos i ante Herodes, respondiendo precisamente sobre el hecho de que se trataba a los que tenian derecho de interrogarle. “El Soberano Pontífice le dijo: os ordeno de parte de Dios, me digais si sois el Cristo Hijo de Dios: i el respondió: lo soi; satisfizo a Pilatos sobre el reinado, que hacia todo su crimen, i le aseguró al mismo tiempo, que no era de este mundo.” A mas de esto, no condenó sino con su silencio el procedimiento manifiestamente inicuo que se empleaba contra él, sin quejarse, sin murmurar; “entregándose, como dice San Pedro, al que le condenaba injustamente.”

Así, fué fiel i afectuoso, hasta el fin, a su patria, aunque ingrata, i a sus crueles ciudadanos, que no pensaban sino en saciarse en su sangre con tan ciego furor, que lo prefirieron a un sedicioso i a un asesino.

El sabia que su muerte debia ser la salud de esos ingratos ciudadanos, si habian hecho penitencia; es porque rogó por ellos en particular hasta sobre la cruz, donde le habian clavado.

Vertió, pues, su sangre, con un afecto particular a su nacion; i ofreciendo este gran sacrificio, que debia ser la espiacion de todo el uni-

verso, quiso que el amor de la patria tuviese en él su lugar.

XII.

Los apóstoles i los primeros fieles fueron siempre buenos ciudadanos. Su maestro les habia inspirado este sentimiento. Les habia advertido que serian perseguidos por toda la tierra i les habia dicho al mismo tiempo "que los enviaba como corderos en medio de los lobos." Es decir, que solo tenian que sufrir, sin murmurar i sin resistencia.

Mientras que los judíos persiguen a San Pablo con un odio implacable, este gran hombre toma a Jesucristo, que es la verdad misma, i su conciencia, por testigos, de que movido de un extremo i continuo dolor por la ceguedad de sus hermanos, "desea ser anatema para ellos. Os digo la verdad, no miento! mi conciencia es clarecida por el Espíritu Santo, me asegura de ello, &c."

En una extrema carestia hizo una colecta para los de su nacion, i llevó él mismo a Jerusalem las limosnas que habia colectado para ellos en toda la Grecia. "He venido, decia, para traer limosnas a mi nacion."

Ni él ni sus compañeros escitaron sediciones, ni reunieron el pueblo tumultuosamente.

Durante trescientos años de persecuciones implacables, los cristianos siguieron siempre la misma conducta.

Jamas hubo mejores ciudadanos, que fuesen mas útiles a su pais, ni que sirviesen mas voluntariamente en los ejércitos, con tal que no se les obligase a la idolatría.

El imperio no tenia mejores soldados: aparte de que combatian con valor, obtenian con sus plegarias lo que no podian con las armas. Prueba de ello la lluvia obtenida por la lejion Fulminante i el milagro atestiguado por las cartas de Marco Aurelio.

Les era prohibido hablar de turbaciones, trastornar los ídolos, ejecutar violencia alguna: las reglas de la Iglesia no les permitian sino esperar el golpe con paciencia.

La Iglesia no reputaba por mártires a los que se granjeaban la muerte con violencias semejantes i por un falso zelo. Podia haber algunas veces inspiraciones extraordinarias, pero estos ejemplos no eran seguidos como fuera del orden.

Vemos tambien en los actos de algunos mártires, que tenian escrúpulo de maldecir los dioses; debian reprender el error sin ninguna palabra descomedida. San Pablo i sus compañeros lo habian hecho así; i esto era lo que hacia decir al sectario de la comunidad de Efeso. "Señores: no hai para qué conmovirse así. Habeis conducido aquí a estos hombres que no han cometido ningun sacrilejio, ni blasfemado de vuestra Diosa." Ellos no hacian escándalo, i predicaban la verdad sin alterar el reposo público. Así, a ejemplo del Divino Maestro, han respetado el orden político en que vivian, por inmoral, por

absurdo que les pareciese, i los mas horribles tratamientos jamas han sido capaces de disminuir en ellos el respeto a la lei i el amor a la patria.

He aquí, pues, amados cooperadores, los deberes que debemos predicar a los fieles, despues de haberlos practicado nosotros mismos, i esta predicacion, así acompañada del ejemplo, será tanto mas poderosa sobre ellos, cuanto mas nos apartemos de los partidos que dividen la sociedad.

Nos parece oír la Religion misma conjurarnos en nombre de Dios i de las almas que su Hijo ha rescatando con su sangre, a no mezclarnos en los debates de la política humana.

"Sacerdotes de Jesucristo, ¡oh hijos mui amados! nos dice: cuando despues del triunfo de su resurreccion, mi celeste esposo os envió al mundo, en pos de sus apóstoles, para enseñar a todas las naciones, colocó su severidad en vuestros labios i su caridad en vuestros corazones. Es con esta doble palanca que, levantando a todos los pueblos de la tierra, los haréis salir de sus pasiones i tinieblas. Pero estas dos fuerzas divinas con las cuales podréis llevar así la humanidad a cielo, se destruirán en vuestras manos al soplo no mas de las facciones i de los partidos. Entónces, en vez de subir ácia las rejiones de la luz i de la virtud, de la paz i de la felicidad, el mundo caerá de nuevo en el abismo del mal, i lo veréis envolverse mas i mas en la noche del vicio i del error, maldiciéndoos. Si queréis que los pueblos os sigan en las vías luminosas del Evangelio, i por consiguiente del progreso moral i de la civilizacion, no seais sino los hombres del Evangelio. Que nadie pueda sospechar, en estos dias de visiones i de odios, que sois los hombres de un partido. Mostraos a sus ojos únicamente lo que os ha hecho el sacerdocio: los salvadores de todas las almas, los consoladores de todas las miserias. Ah! no os atraigais la cólera de aquellos a quienes teneis que conducir al cumplimiento de sus inmortales destinos, contrariando opiniones que no interesan a la fe. Decidles valerosamente la verdad a todos, pero tambien amadles a todos tiernamente, sin lastimar sus sentimientos. Estaréis bien cerca de ganarlos para la Iglesia i volverlos al camino de la salud, cuando los hayais persuadido de que, estraños a la política de la tierra, no os ocupais sino de la política del cielo.

I si no es bastante, amados cooperadores, la voz de la Religion, la madre de nuestras almas, he aquí la patria, esta otra madre desconsolada, que nos habló en el mismo lenguaje. Ella nos conjura, a su turno, a permanecer en el puesto elevado en que Dios nos ha colocado, para desde allí bendecir a sus hijos i reconciliarlos despues de sus luchas. "Oh! nos dice, reservaos para esos momentos terribles i solemnes, en que mis ciudadanos, en la desesperacion, fatigados de odiarse, piden un terreno neutro sobre el cual puedan abrasarse. Este terreno neutro es la

Iglesia, es el sacerdocio; i sois vosotros, sacerdotes de Jesucristo, los únicos que podréis ofrecer celo; sed, pues, siempre los hombres de la reconciliación, de la paz i del amor."

Cuidado, amados cooperadores: con permanecer sordos a estas dos voces suplicantes, llenas de autoridad i de ternura. Elevémonos a toda la altura de nuestras sublimes funciones, i con nosotros elevemos las almas, a fin de que vueltos a los bienes excelentes de la eternidad, cuya fuente es Dios, no nos ajitemos por las cosas tan vanas i perecederas de la tierra, i que por este olvido de los bienes de aquí abajo, dejemos de escitarnos los unos contra los otros, de combatirnos i odiarnos; sino que al contrario viviendo de la caridad de Jesucristo, i gustando de la paz del Señor, en el seno de la patria terrestre, conspiremos todos a nuestra felicidad recíproca, por

la obediencia de la lei, por la observancia de la justicia, por la preferencia del bien público a privado, por el ejercicio del verdadero patriotismo; i que cooperemos así a la grandeza, a la dignidad i sobre todo a la prosperidad de esta patria de la tierra, que vendrá a ser entónces para nosotros como una preparacion de la patria celeste esa bienaventurada Jerusalem, nuestro término i nuestro reposo, donde estando Dios todo es todos cada uno reinará con él, en los esplendores de su gloria.

"MARIE DOMINIQUE AUGUSTE
Arzobispo de Paris"

IMPRESA DEL NEO-GRANADINO
POR LEON ECHEVERRIA.

UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo
Biblioteca solo Patrimonial



Handwritten signature

BIBLIOTECA
Universidad Eafit



62000001712865

UNIVERSIDAD EAFIT



Abierta al mundo

Biblioteca Sala Patrimonial

